

CAPÍTULO UNO

La habitación se había quedado vacía, el silencio era lo único que quedaba después de que la puerta de mi apartamento quedara cerrada tras la salida de Mónica.

Pronto empecé a escuchar dentro de mi cabeza las últimas palabras que había pronunciado antes de irse:

—Le quiero, señor Acebedo.

Eran cuatro simples palabras, pero habían salido de dentro de su alma. Sus ojos reflejaron el dolor que ella había sentido y la habitación se llenó de aquel dolor.

Comencé a sentirme culpable. Aquella sensación era nueva para mí. Nunca en mi vida había sentido culpa. No podía dejar de escuchar aquellas palabras dentro de mi cabeza una y otra vez: “Le quiero, señor Acebedo”.

Aunque seguramente tarde, por fin lo veía todo claro; lo que aquella extraña relación había significado para mí hasta ese momento había cambiado. Había dejado de ser un reto, un mero capricho, para darme cuenta de que la necesitaba. Comencé a tener la sensación de que aquello había sido el final entre nosotros.

Sabía que la había perdido y por primera vez en mi vida sentí miedo de perder algo, de perderla a ella. Por primera vez era consciente de que había llevado el juego a unos límites que ella no estaba dispuesta a rebasar.

Me senté a los pies de la cama, estaba inquieto, mi mente repasaba una y otra vez la última escena, la imagen perfecta de Mónica junto a la puerta, con una dulzura amarga dejándome y a la vez diciéndome que me quería. Estaba claro que había tensado demasiado la cuerda, ella no era como las demás. El juego de poder que había ejercido sobre ella la había convertido en una persona diferente.

Nada tenía que ver la mujer que acababa de abandonar la habitación con la que había conocido meses atrás. Siempre segura de sí misma, prepotente, engreída en la mayoría de sus acciones, incluso impertinente; una mujer arrolladoramente sexi dispuesta a comerse el mundo. Tenaz, profesional; era la mujer más independiente de cuantas conocía.

Aquella mujer era la que me había conquistado. Con cada uno de sus movimientos me había hecho perder la cabeza, pero ya nada quedaba de ella. Apenas existía, yo la había hecho desaparecer. Me sentí tan culpable que necesitaba recordar la tarde en que la había conocido, donde todavía era ella en estado puro.

Nada más hurgar en los recuerdos, una sonrisa invadió mi rostro. Aquel día me acerqué al restaurante en busca de Carol, tal y como me había ordenado mi padre. La misión en aquella isla era ligarme a Carol para poder averiguar hasta qué punto había llegado con su maldito reportaje.

Uno de los contactos que mi padre tenía dentro del periódico se lo había hecho saber. Ese fin de semana Carol estaría en Mallorca. Mientras el reportaje veía la luz, ella se quitaba de en medio. También sabía que no estaría con su novio, el cual se había quedado en Madrid para dar los últimos retoques al reportaje.

Sabía que ese era el hotel en el que mi fuente de información me había dicho que había hecho la reserva. Entré en el restaurante buscándola, solo quería hablar con ella, convencerla de

que dejara de hurgar donde no debía; en pocas palabras, advertirla de que era peligroso que siguiera con aquel reportaje. Pero en lugar de encontrar a Carol la encontré a ella.

Su recuerdo —sentada en la barra del bar— era nítido para mí, era como si cerrando los ojos pudiera verla. Visualicé cada una de sus curvas, tan perfectas, dentro de aquel vestido que dejaba ver lo suficiente como para poder imaginarte todo lo demás. Sus deliciosos hombros al aire con un perfecto escote en uve.

Uno de los contactos de mi padre me había hecho entrega de dos fotografías, una de Carol y la otra de su compañera de piso. Aquella hermosa mujer se parecía a la compañera de Carol, pero la foto no le hacía justicia, porque la belleza de Mónica no se podía reflejar en una fotografía. Pensé en seguir con el plan trazado y esperar a Carol, pero una idea vino a mi cabeza: probablemente si me acercaba a Carol pidiéndole que abandonara el reportaje, me tomaría por loco y tendría que haberla amenazado, y eso era algo que por muy presionado que estuviera no quería hacer. Pero en ese momento lo vi todo claro: la compañera de Carol iba a ser mi aliada.

Ahora sería mucho más fácil tener contacto con Carol, solo me tenía que ligar a su guapísima amiga. Nunca fue mi objetivo, pero ahora era la prioridad; estando al lado de aquella hermosa mujer tendría más posibilidades de convencer a Carol, porque lo que mejor sabía hacer era conquistar a una chica.

Cuando el teléfono de Mónica sonó supe que Carol no iba a aparecer durante toda la noche. Sabía que aquella ocasión no la podía desaprovechar, tenía que salir de allí con ella. No fue difícil seguir con mi plan, algo me atraía como un imán a aquella mujer, me había embrujado desde el primer instante. Estaba muy buena, y estaba sola, con lo cual estaba seguro de que no me llevaría mucho rato conquistarla; caería rendida a mis pies. Al final la noche habría tenido sentido.

Estaba seguro de que sería una conquista fácil, pero fue ella la que me conquistó a mí, me embrujó nada más sentí sus ojos clavados en mí. El cazador fue cazado, y me sentí excitado, deseoso de su cuerpo. Con Mónica la presa era yo, porque ella era la depredadora.

Quedé eclipsado por su arrolladora personalidad, aquella chulería irresistible que manaba de ella la hizo convertirse en un reto sexual para mí, una presa más que agregar a mi extensa colección de trofeos. Perdí por completo el interés en el asunto que hasta allí me había llevado, me dio igual si Carol estaba o no; es más, no volví a recordar aquello en toda la noche. Mi única prioridad desde ese momento fue llevármela a la cama; deseaba a aquella mujer desde el instante en que mis manos rozaron su espalda en la terraza del restaurante.

Mientras lo recordaba noté cómo la sonrisa aparecía en mi cara de nuevo, incluso una carcajada salió de mi garganta. Seguí sonriendo mientras seguía recordando. Mis expectativas eran muy altas, lo tenía todo controlado hasta que vi su cuerpo desnudo en mi piscina, en ese momento perdí por completo el control. Aquella imagen perfecta estuvo a punto de volverme loco. Había conseguido tenerme empalmado desde el momento en que su mirada se cruzó con la mía y, con descaro, se levantó de su silla retándome a que la siguiera. Desde ese momento solo pensé en una cosa: en hacerla mía al precio que fuera, en tener su cuerpo debajo del mío y darle placer hasta hacerla gritar.

Pero la noche no acabó como en un principio tenía pensado, aunque supo cómo volverme loco. Cuando aproximó su cuerpo desnudo al mío y puso su cabeza en mi entrepierna me cautivó, nunca había estado con ninguna mujer que fuera capaz de dominarme y llevar el control de la relación sexual, pero ella sí lo hizo. Me controló por completo cuando sus labios rozaron mi glande, me tenía entregado a sus encantos.

Un placer indescriptible se apoderó de mí, sus movimientos eran perfectos, y su ritmo frenético me hizo vivir unos minutos de dulce agonía. Mientras su boca me daba un placer inmenso, mi cuerpo pedía desesperadamente que la penetrara. Cuando intenté dominarme para no correrme y poderlo hacer junto a ella, me llevé la sorpresa de que Mónica —esa diosa que tanto deseo me había hecho sentir— tenía otros planes. Aquella hermosa mujer me había hecho rozar el cielo con su maravilloso cuerpo desnudo insinuándose y provocándome sin piedad, su boca me había llevado al borde del éxtasis, su cuerpo me gritaba que la penetrara salvajemente, pero se marchó de mi lado dejándome con las ganas de hacerla mía y con el mayor calentón que jamás había tenido.

Desde aquella noche se convirtió en mi diosa; era lo nuevo, lo desconocido. No sabía cómo actuar, porque ninguna mujer me había dominado como ella. Era la primera mujer que no se había rendido a mis deseos, que no había asumido mis órdenes. Pasó a ser mi obsesión, mi nuevo juguete a conseguir.

Desde pequeño estaba acostumbrado a que me dijeran que sí a cuanto quería o pedía; de mayor, a cuanto ordenaba. Mónica no iba ser lo primero que no pudiera tener.

Durante toda mi infancia, mi madre, por ser el pequeño, me había consentido y protegido sobremanera. Siempre había sido su favorito y mi hermano el de mi padre.

Mis padres viajaban mucho, por eso compensaban con caprichos sus innumerables ausencias en fechas importantes como cumpleaños, obras escolares, partidos de fútbol a los que nunca asistían... Seguramente pensarán que lo material haría que no nos sintiéramos solos, aunque siempre habíamos estado en compañía de Araceli, nuestra niñera, a la que queríamos con locura y que nos aplaudía como si de nuestra propia madre se tratara. Mi hermano y yo en el fondo pensábamos que no éramos tan importantes para nuestros padres.